

UNA FLAUTA PARA SOÑAR

por el sumo sacerdote Joaquín Gracia Ruiz
Jesús Manuel Vidal Serrano en el papel de fiel acólito

PRÓLOGO

Eran los días grandes de su dios. Sólo restaban dos semanas para la fiesta de Midir y allí en Ilamea se celebraba por todo lo alto desde tiempos inmemoriales. Contaba la leyenda que el mismo dios de la música salvó una vez a la ciudad del ataque de diez enormes dragones con la melodía de una flauta encantada. Aquel poderoso artefacto se guardaba todavía en el templo y mediante él se daba comienzo a los festejos.

El sumo sacerdote, seguido de su fiel acólito, encaminaba sus pasos en aquellos momentos hacia el santa sanctorum donde, en una caja de marfil, se guardaba el instrumento. Sus pasos se detuvieron un instante frente a las enormes puertas de bronce y plata que separaban la cámara sagrada del resto del edificio. En ellas se podían ver los grabados que representaban a los siete espíritus de las artes.

Entonces, se dio cuenta. Alguien había forzado la puerta. Las siempre bien cerradas hojas estaban entornadas y una de las altas ventanas de la antesala había sido abierta desde fuera como lo atestiguaba la vidriera rota del suelo, que, como todas las demás, también había sido forjada en homenaje a uno de los siete espíritus de las artes.

–Qué raro. Sólo veo seis espíritus –musitó el sumo sacerdote.

–¡Sacilegio, señor! –exclamó horrorizado su fiel acólito.

–Ah, sí, bueno. Ya... ya me había dado cuenta.

Con cierta aprensión, por si el intruso se encontraba todavía en el interior, el fiel acólito, ya entrado en años y no muy hábil en cuestiones de armas, abrió la puerta. El notable silencio provocaba que su corazón latiera aún más deprisa

atronando sus oídos y provocando jadeos ensordecedores que delataban su presencia. Sus pies golpeaban como martillos en el embaldosado de mármol rompiéndose en múltiples ecos mientras observaba los cofres, ánforas y atriles de la sala. Todos los tesoros se encontraban en su lugar. Sin embargo, la arqueta que guardaba la legendaria flauta estaba abierta y su interior, vacío. Casi se desmaya pensando tanto en la gravedad del acto en sí como en sus funestas consecuencias. Una maldición podía caer sobre ellos que no habían podido guardar el preciado tesoro.

–¡La flauta no está! –gritó. –¡La flauta ha sido robada!

–Válganme los dioses –murmuró el sumo sacerdote. –Ahora sí que la hemos liado...

El sacerdote cerró la puerta, salió corriendo y recorrió los pasillos ante la atónita mirada de algunos novicios. En su trayecto tropezó con algunos de los más veteranos de sus compañeros y a otros los mandó llamar: debía celebrarse una sesión del alto claustro con carácter de emergencia. Entonces recordó algo.

–Mierda –dijo.

Se había dejado encerrado al fiel acólito.

CAPÍTULO I

En la posada, normalmente bulliciosa y animada, la gente hablaba en susurros con la mirada triste. Las ventanas estaban cerradas y las linternas a medio encender daban un aspecto lóbrego a la normalmente alegre sala.

Desde la puerta, Caldam se preguntó que estaba sucediendo. No era normal y mucho menos en Ilamea, la pequeña ciudad de los bardos. Todavía intrigado, se descubrió la cabeza y saludó a todos los presentes. Después, reposadamente, se adentró entre las mesas.

En una esquina, un hombre recio y mirada aguda levantó una mano y, haciendo tintinear la cota de malla que vestía, hizo notar su presencia al serio caballero. Aunque el noble guerrero ya había advertido su ademán y estaba encaminándose hacia allí, el que parecía liderar el grupo sentado alrededor de esa mesa, dijo en voz alta:

–Aquí, Caldam. Estamos aquí.

Cerrando los ojos por el despliegue de tamaña discreción, el caballero, uno de los pocos que todavía respetaba el Alto Código, suspiró lentamente y saludó:

–Salud, Fiudus. Has llegado a tiempo esta vez.

–Bueno –se sonrió el aludido–, alguna vez me tenía que equivocar–. Entonces se rió de aquella forma tan ridícula que habría sacado de quicio a Caldam si verdaderamente Fiudus le hubiera importado algo.

–Selva, Ensueño. Os habéis dado prisa.

–Claro que sí, no podíamos faltar –comentó la mujer, a la que parecía que le faltaba aire para responder–. Además pensábamos venir de todos modos con lo que un poco antes no nos ha supuesto ningún esfuerzo.

–Kasohn.

–Caldam –respondió con respeto un hombre fornido con el pelo largo y ensortijado.

–Jinash.

Alzando la jarra de cerveza, el alto guerrero la brindó hacia su amigo yapuró un buen trago. Este, habiendo saludado a todos, cogió una de las sillas libres y se sentó.

–¿Sabéis que está pasando aquí? –comentó en un susurro Fiudus.

Todos lo miraron expectantes pues sabían de lo bien informado que se encontraba siempre el montaraz –ser un pesado daba sus frutos, de vez en cuando– y todos sin excepción se preguntaban qué había sucedido en la ciudad.

–Al parecer, alguien, posiblemente un ogro o un gigante junto con un ladrón han entrado en el templo de Midir y han robado –hizo una pequeña pausa y en voz aún más baja dijo– la flauta de los dragones.

Todos se miraron estupefactos. Ninguno de ellos podía creer que alguien pudiera tener tanto interés en robar el sagrado instrumento.

–Habrá que hacer algo –pensó en voz alta Selva.

–Bueno... –confirmó inmediatamente Ensueño.

–De acuerdo, pero ¿qué? –preguntó Jinash.

Caldam reflexionó unos instantes. Ahora comenzaba a entenderlo todo. La extraña misiva que recibieron, la fría actitud de los guardias en la entrada, el silencio de la posada...

–Parece que conoces todos los detalles, Fiudus...

–Pues sí, Caldam. Casualmente tengo una amiga entre los novicios del templo y me ha contado lo sucedido. Por supuesto, yo me he ofrecido para ayudarlos. No nos podíamos negar.

–Ya –repusieron a la vez Kasohn y Caldam.

–¿Esa amiga no será Criselda? –inquirió Jinash.

–Pues... Sí.

–¿Y qué te cuesta decir que te lo contó ella? –dijo Selva.

–Bueno, yo...

–Por cierto, ¿le devolviste aquellos pergaminos que te dejó? –preguntó, interesado, Ensueño.

–No os imaginaríais lo que les pasó...

–Los perdiste –respondieron todos a la vez.

–En realidad no, me, esto, fueron arrebatados por...

–A todo esto, ¿no tenías intenciones de casarte con ella?

–Ya sabéis que sí, pero ella no tenía intenciones de casarse conmigo...

–Basta ya –cortó Caldam–, esto no nos lleva a ningún sitio, más que para ver que Fiudus no ha cambiado un ápice. Así que no nos podíamos negar –dijo, mirando de nuevo al guardabosque.

–Además hay una recompensa –añadió el montaraz, tras suspirar de alivio. Sabía que al hablar de oro reaparecerían el compañerismo y la camaradería.

–¡Eso está mejor! Brindo por ella –interrumpió Jinash– ¿cuándo partimos?

–Cuanto antes –propuso Kasohn–. Esos ladrones no pueden salirse con la suya. Yo estoy dispuesto a hacerlo gratis.

Su voz potente provocó que las miradas de la sala convergieran sobre su persona. Sin importarle lo más mínimo, cogió su hacha y su lanza, apoyadas en la pared cercana, y sin mediar una sola palabra más, salió al exterior. Todos se miraron durante unos momentos hasta que Caldam, levantándose, dijo:

–Vamos, ya comeremos más tarde.

–Oh, no... –musitó Jinash.

–¿Cuántos días de ventaja nos llevan? –preguntó Caldam.

–Cinco –informó Fiudus.

–Demasiados. Hay que darse prisa.

Él y el experimentado rastreador pronto siguieron al impulsivo bárbaro; detrás de ellos, Ensueño y Selva y por último, Jinash apurando la jarra, arrojó una moneda en el mostrador y salió corriendo recogiendo en último instante su espada, que casi se olvidaba.

Ya en el exterior, apresuraron el paso hasta alcanzar a Kasohn que ya se encaminaba a una de las puertas de la urbe. Sin embargo, Caldam todavía tenía una duda. ¿Quién los habría convocado? Ni Selva ni Ensueño habrían podido

hacerlo, Kasohn no hubiera perdido el tiempo en reunirlos –demasiado individualista–, Jinash tampoco –demasiado vago– y Fiudus aún menos –demasiado despistado–. Quizá...

CAPÍTULO II

–Pienso que deberíamos hablar antes con Jairo, su fortaleza está apenas a medio día de camino –sugirió Caldam con la voz un poco entrecortada por el vivo paso que llevaba el corpulento guerrero–. Kasohn, ¿me oyes?

El aludido paró su acelerada marcha haciendo que Fiudus que iba tras él tropezara y permitiendo así que Selva, Ensueño y Jinash que iban más retrasados se les uniesen.

–Sí, además podríamos pasar la noche allí. Siempre ha tenido buena comida y nunca la ha escatimado –comentó Jinash.

–Pero, ¿cómo puede ayudarnos ese? –preguntó despectivamente el montaraz–. Siempre encerrado en su torre. Ahora necesitamos alguien que sepa algo del mundo real. Además enseguida querrá que hagamos lo que él dice, y ya sabéis lo que me fastidia eso.

–Aunque no lo creas –replicó Caldam–, conoce más de lo que habla. Es un renombrado hechicero, razón más que suficiente para visitarlo, y por si fuera poco diez veces más inteligente que tú. Le encanta ayudar y resolver enigmas. Es la mejor ayuda que podríamos encontrar. Imagínate, alguien que nos ahorre trabajo.

–Eso –terció Ensueño.

–A veces se lo cree demasiado, pero eso es algo perdonable. Por cierto, hace dos noches tuve un sueño en el que aparecía él tocando una flauta. Seguro que era una señal –informó Selva.

–Pues no hay nada más que hablar– corroboró Kasohn–. Vamos para allá.

De nuevo, comenzaron a caminar pese a las protestas de Fiudus que hablaba del escuchimizado mago entre dientes y de Jinash que pedía un descanso para comerse unas bayas que había ido recogiendo en el camino.

No llevaban ni media hora recorrida cuando Fiudus, que abría en esos momentos la marcha, repuesto de su enfado, divisó un hombre a caballo que se

acercaba en dirección contraria. Alzando su mano, detuvo a la pequeña comitiva. Caldam se acercó a él.

–¿Crees que nos ha visto?

–Seguro. No pasamos precisamente desapercibidos llevando a gente como a Kasohn. Yo hubiera ido por una senda por la que seguro que no hubiéramos encontrado a nadie.

–Y por la que hubiéramos tardado dos días más –replicó Selva.

–Eso nunca se sabe. Lo que es seguro es que hubiéramos disfrutado del paisaje.

–Hablaré con él –se ofreció Caldam.

El caballero, protegido en su reluciente armadura, se adelantó unos pasos. No conociendo al jinete, liberó la presilla que sujetaba el arma. Detrás de él, Kasohn se despojaba de sus pieles para tener más libertad de movimientos, Jinash preparaba su mandoble y Ensueño, Selva y Fiudus se escondían en los aledaños para sorprender al posible enemigo.

El extraño se detuvo a la distancia de un tiro de flecha. Desde allí levantó la mano a modo de saludo y gritó:

–En el nombre del rey, apartaos.

–Salud, heraldo. Podéis pasar sin cuidado, pensábamos que podríais ser un bandido y temíamos por nuestras vidas. Amigos –informó a sus compañeros–, no os preocupéis: es un emisario del rey.

El hombre fue acercándose al grupo mientras Kasohn y Jinash se reunían con el caballero. Los otros, escarmentados de otros encuentros, no salieron de sus escondites.

–¿Hay algo de temer en el camino que ha recorrido, señor?– preguntó Caldam.

–Zólo zi oz acercáiz al bozque de Ganiria, la hechicera.

–Pues esperemos que nuestros pasos tras la flauta de los dragones no nos dirijan hacia allí.

–¿Zoiz entoncez loz enviadoz del templo? –preguntó el jinete.

–En efecto –corroboró Fiudus, saliendo desde detrás de un arbusto.

El hombre lo miró suspicaz y comentó:

–El rey también eztá interezado en que ze recupere y ha enviado a hombrez zuyoz en zu buzca. Precizamente, vengo de inveztigar en laz Colinaz Quebradaz.

–¿Y habéiz, digo, habéis averiguado algo? –se interesó Fiudus.

–Puez no. Una pizta falza –aclaró–, ¿y vozotroz?

–Todavía no hemos encontrado nada pero esperamos que el hechicero Jairo que vive en esta región nos pueda decir algo. Si queréis acompañarnos quizá pueda serle útil en nuestra búsqueda.

–No, graciaz. Debo informar en el caztillo de Burado donde ze encuentra el cuartel general para ezta búzqueda. Zoiz vozotroz loz que deberíaiz venir conmigo. Zeguro que allí zabrán algo que oz pueda ayudar.

–Lo pensaremos –respondió Caldam–. Quizá después de hablar con nuestro amigo.

–Entoncez, buen viaje. Oye, ¿por qué ze ríen ezoz doz?– dijo, señalando a Jinash y a Kasohn.

–Por nada, por nada. Algún chiste. Buen viaje, heraldo.

El jinete partió raudo en dirección norte por donde habían venido. Poco después salieron Selva y Ensueño, éste último con el jubón del revés, y de nuevo continuaron la marcha.

CAPÍTULO III

–Está anocheciendo –comentó por enésima vez Ensueño.

–Deberíamos haber llegado –agregó Selva.

–Deberíamos estar cenando –protestó Jinash.

–No os preocupéis, lo tengo todo controlado –replicó Fiudus.

–Siempre tienes que liarlo todo –sentenció Kasohn–. Si hubiéramos ido por el camino de siempre ya estaríamos allí.

–Sí, pero...

–Pero a maese Fiudus le gusta mirar el paisaje –concluyó Caldam–. Vamos, que no llegaremos nunca.

De nuevo, Fiudus se adelantó para llevar al grupo a través de una tortuosa senda en medio de un bosque de pinos. Las largas sombras del ocaso dieron paso a la irreal luz del crepúsculo y después a la noche. El grupo encendió una linterna de aceite que llevaba el previsor Caldam en la mochila. Pese a que el buen juicio les aconsejaba buscar un sitio donde pasar la noche, siguieron caminando a trompicones ante la cercanía segura, según el montaraz, de la torre de Jairo.

La luz de Klimiria, la luna que estaba de servicio aquella noche, resbalaba en las puertas de los árboles cuando los ojos agudos de Kasohn divisaron una luz blanco azulada en la distancia.

–¡Mirad!

–¿Lo veis?, ya os decía que por aquí llegaríamos sin problemas. Esa es la torre del mago.

–Ya. ¿Y desde cuando los sillares de piedra se mueven? –preguntó el mordaz bárbaro.

–¡Anda! Es verdad.

–Pues yo diría que se dirige hacia aquí –informó Ensueño.

–Cierto –confirmó Caldam–. ¿Será amigo o enemigo?

–Seguro que es amistoso –alentó Fiudus–. Nadie puede ser enemigo mío,

yo me llevo bien con todos. Voy a acercarme.

–Claro. Tan bien como con los tragos de hace dos veranos –comentó Selva–. Quédate con nosotros hasta que sepamos de quién o qué se trata.

–Pero si me adelanto, podríais tenderle una emboscada mientras lo distraigo –objetó el montaraz.

–¿Y si somos nosotros los emboscados, Fiudus? –preguntó Kasohn.

–Pues así tendremos más oportunidades –razonó el interpelado. –Como yo podré huir...

–Sí, claro, como la última vez. Aún estamos esperando que vengas a salvarnos. –sentenció Caldam.

–No fue culpa mía...

Todavía siguieron algún rato discutiendo cuando la luz terminó por acercarse y todos, salvo Kasohn que estaba atento a su proximidad, se sorprendieron cuando un hombre en ropas claras dijo:

–Salud, ¿qué os trae por aquí, amigos?

Fiudus se volvió enseguida espada en mano mientras el resto atendía al hombre que dando un paso atrás levantó sus manos en son de paz.

–Tranquilo, Fiudus, ¿no reconoces a tu amigo Jairo?

Los dos se miraron unos instantes hasta que finalmente el montaraz sonrió y bajo su espada.

–Demonios, Jairo, podrías ser menos silencioso.

El hechicero parpadeó unos instantes un poco perplejo y pensó para sus adentros si la próxima vez no debería ir montado en un dragón para no ser tan silencioso.

–De acuerdo. Prometo intentarlo. Por cierto, ¿qué hacéis tan cerca de mi casa?

–Pues que va a ser –replicó malhumorada Selva mientras daba una amistosa palmada en el hombro del montaraz–, discutir sobre las virtudes y defectos de nuestro infalible guía. Capullo.

–Eh, lo hemos encontrado, ¿no?

–Más bien –corrigió Caldam– nos ha encontrado él.

–Bueno, amigos, a ver si nos centramos un poco, ¿de acuerdo?. ¿Para qué me queráis?

–¿Tú sabes algo de la flauta de los dragones? –preguntó Selva.

–Sí. Es el legado del dios de la música, Midir, a la villa de Ilamea. Cuenta la leyenda que tiene el poder de dominar dragones con su sonido aunque todo aprendiz de mago sabe que no basta con la flauta. Debe además...

–¿Y qué interés habría para robarla? –interrumpió Fiudus.

–Es el símbolo de Ilamea y de Midir. Muchos querrían ver destruidos a cualquiera de los dos –dijo Jairo, tras suspirar profundamente. Ciertas cosas no cambiarían nunca.

–Tienes razón– comentó Kasohn–. ¿Sabes?, ha sido robada.

–Lo sé. He estado buscándola pero perdí el rastro en los bosques al sur de la ciudad. Tendríais que ir allí. No están a más de día y medio de camino desde aquí en dirección este.

–En marcha, entonces –propuso Kasohn.

Jinash lo miró con los ojos desorbitados mientras Caldam le indicaba:

–Quizá deberíamos descansar un poco y partir al amanecer.

–Apoyo la moción –secundó inmediatamente el guerrero.

–¿Podríamos dormir en tu torre? –preguntó Caldam al mago.

–Por supuesto. Además estaréis hambrientos. ¿Me equivoco?

–No, no te equivocas –confirmó Jinash–. Fiudus y Kasohn no nos han dejado ni un momento de respiro.

–Había que encontrar la torre, ¿no? –protestó el montaraz–. Ya me estoy empezando a cansar de tener la culpa tantas veces. Por cierto, ¿a que estábamos muy cerca?

El mago sonrió unos instantes y con una mirada casi paternal dijo.

–No, realmente, estabais muy cerca. Tres días más por este camino y

habríais llegado.

–¿Lo veis? ¿Lo veis?

Las manos de Jairo trazaron un círculo en el aire a la par que murmuraba unas palabras. De repente ya no se encontraban en una senda perdida de un bosque sino en un ancho camino flanqueado por sendas hileras de grandes árboles. Frente a ellos una ingente puerta guardaba la entrada a una pequeña fortaleza.

–Fiudus, tú habías estado aquí. ¿No recordabas el camino?

–Sí pero me apetecía tomar un atajo –y se volvió a reír con esa risita ridícula.

Las miradas de los otros cinco confluyeron en el aludido. Sólo el reflejo bien aprendido a lo largo de los años evitó que recibiera un par de pescozones de Selva y Jinash.

–Adelante. Bienvenidos a mi casa –dijo Jairo conciliador–. Pasad humildemente por vuestra propia voluntad. En unos instantes tendré la cena.

CAPÍTULO IV

Los seis compañeros se encontraban, tras un día de viaje, a la entrada de un pequeño edificio que estaba a un lado del camino y del que surgía una alegre música.

–Podríamos pasar la noche en esta posada –propuso Jinash.

–Todavía disponemos de alguna hora de luz –dijo con voz potente Kasohn.

–Fiudus, ¿te suena alguna otra posada en las próximas millas? –preguntó Caldam.

–Pues...

–Decidido, nos quedamos –terminó Kasohn.

–Pero si aún no he dicho nada –protestó el montaraz.

–Precisamente por eso, Fiudus, precisamente por eso.

A continuación, el bárbaro bajó su cabeza y entró por la puerta de la solitaria posada. Sin pensárselo mucho el caballero abrió la hoja de madera de nuevo y con un gesto ofreció el interior al resto. Selva y Ensueño no tardaron en entrar seguidos apresuradamente por Jinash. En los labios del caballero podía verse una sonrisa.

–Pues yo no le veo la gracia –le increpó Fiudus.

–Es que no la tiene –replicó, desde su sonrisa, el noble guerrero.

Refunfuñando el veterano guía entró en la lóbrega habitación. Caldam le siguió parándose unos instantes en la entrada para que sus ojos se acostumbraran a la luz.

Poco a poco fue distinguiendo las formas. En un rincón, sobre una mesa, se encontraba un juglar rodeado de varios parroquianos que cantaba más que narraba una leyenda. Selva y Ensueño ya se habían incorporado al grupo de oyentes. Por su lado, Kasohn se encontraba en la barra pidiendo algo y Jinash ocupaba una mesa vacía con una jarra de cerveza en la mano. Fiudus esperaba al

serio guerrero para acompañarlo junto a los suyos. También había en la taberna varios grupos de viajeros como ellos que sentados en las mesas cenaban algo caliente o bebían la especiada cerveza tan popular en la zona.

–Todavía no tengo claro por qué Jairo no ha querido venir.

–Lo comentó durante la cena –repuso Caldam– pero tú estabas muy ocupado con su cerveza.

–Es que no podía dejar pasar esa oportunidad. Ha sido la primera cerveza que veo que tiene ojitos y habla diciéndote “bébeme, por favor”. Pero, ¿por qué?

–Tiene una reunión con sus colegas en la ciudad de los magos.

–Siempre él y sus dichosas reuniones. Cuando no son los magos, son esos aprendices del tres al cuarto. Por una vez podría dejarlos de lado y acompañarnos. A mí me parece que este mago ha sido siempre un poco gallina. Por cierto que habréis notado cómo empezaba a darnos la tabarra con que debíamos hacer esto y aquello, ¿verdad? Si es que ya lo digo yo, siempre intentando mandar. Menos mal que me he impuesto como los dioses mandan...

Caldam suspiró recordando toda la cantinela que siempre seguía a los comentarios sobre el tema del montaraz. Ya se la sabía de memoria, así que cortó por lo sano:

–Dijo que se reuniría con nosotros en cuanto pudiera. No te preocupes, es alguien que siempre cumple sus promesas.

Fiudus aún parecía querer decir algo más pero, dejándolo con la palabra en la boca, Caldam se reunió con sus amigos.

La tranquila noche dio lugar a una soleada mañana siguiente. Fuera de la posada, Kasohn esperaba impaciente a que Caldam apretase las últimas cinchas de su armadura.

–¿Y el resto? –preguntó por enésima vez el bárbaro.

–Jinash andaba con algo de resaca y dice que partamos sin él que nos alcanzaría en cuanto se le pasara; de Selva y Ensueño no sé nada desde que me fui a la cama pero los vi en una actitud un tanto comprometida en un rincón con lo

que me ha parecido mal insistir en su puerta y Fiudus ya sabes cómo es. Intentó ligar con la hija del posadero, seguro que sin éxito como en él es habitual.

–Entonces, salimos ya, ¿no?

–Vamos. No podemos perder más tiempo.

En ese momento, juntándose los hados a favor del montaraz, el ágil guardabosque salió por la puerta y dijo.

–Ya estoy aquí. ¡Pero qué noche he pasado! He conocido a una chica... Pero bueno, mejor no lo cuento, ¿me entendéis, no? ¿Nos vamos?

Sin siquiera contestarle, los otros miraron al cielo y comenzaron a caminar.

Tras todo un día de camino, las sombras del atardecer barrían el camino.

–¿Escucháis? –dijo Kasohn.

–¿El qué? –preguntó inocente Fiudus que hasta el momento le había estado contando a un paciente Caldam un combate contra un dragón en la misma entrada de su cueva.

–¿No encontráis todo demasiado silencioso?

Los tres anduvieron callados en la tensa calma de un bosque sin ruidos.

–Esto no me gusta –interrumpió Fiudus.

–A mí tampoco –comentó Kasohn.

–Ni a mí –terció Caldam.

–Ni a mí –dijo una cuarta y aguda voz. –Siempre he dicho que a este bosque le faltaba una buena bruja, algunos niños perdidos y algún que otro jabalí para que fuera un poco más bizarrito.

–¿Quién anda ahí? –preguntó nervioso el montaraz mientras desenvainaba su espada.

–¡Toma! Pues yo, ¿quién iba a ser?.

–¿Y quién es yo? –prosiguió Fiudus mientras sus ojos intentaban localizar el origen de la voz.

–Yo soy yo y tú eres tú. ¿Quién es más tonto de los dos?

Los otros un poco nerviosos imitaron también sus gestos aunque dudaban

que alguien con una voz tan dulce y hermosa pudiera dañarles.

–Yo soy Irune. ¿Y vosotros?

Fiudus estaba cada vez más preocupado. Su vista siempre había sido buena pero si daba crédito a sus oídos, su interlocutor debía estar delante de él.

–Mi nombre es Fiudus y mis compañeros son Caldam y Kasohn y a todos nos gusta ver a la persona que nos habla.

–¿Qué te pasa? ¿Es que eres ciego?

Entonces, mientras Fiudus miraba hacia atrás buscando la aprobación del grupo, el bárbaro comenzó a reírse con grandes aspavientos. Seguidamente, cuando todavía el montaraz seguía esperando una respuesta a su silenciosa pregunta, una piña le golpeó en la nuca y la voz exclamaba:

–¡Pero si estoy delante de ti!

El agredido se volvió bastante molesto mientras en sus oídos resonaban las carcajadas de Kasohn que, incapaz de mantenerse en pie, se revolcaba por el suelo. Caldam se adelantó y señalándole una de las ramas de un pino enfrente de él, le indicó:

–Está ahí. Es un hada.

–¡Un respeto! Soy el hada. El hada de este bosque. No generalicemos. ¿O es que acaso os digo yo que sois “unos humanos”?

–¡Demonios! Ya la veo. Es que eres tan pequeña.

–¿Pequeña? ¡Tengo la altura necesaria, ahora vas a ver!

El hada volvió a coger otra piña de un tamaño semejante al suyo y la lanzó sobre el montaraz.

–¡Bueno, bueno! Tú ya me entiendes. He querido decir que nosotros somos más grandes y que...

–Mejor no lo arregles –cortó Caldam viendo que las diminutas manos de la mágica personita comenzaban a brillar con una extraña luz a la vez que su rostro empezaba a ponerse muy colorado de rabia, y sabiendo cómo puede llegar a gastarlas un hada enfadada.

–Encima de que vengo a ayudaros...

–Cuéntanos –repuso ya calmado de su risa Kasohn–, cuéntanos. Somos todo ojos y oídos. Bueno, a lo mejor no todos –y empezó a reírse de nuevo.

–Muy gracioso –repuso Fiudus.

–Pues veréis. Me envía un amigo vuestro. Un hombre alto, apuesto, muy amable, cortés, siempre preocupado por los demás, simpático,...

–¿Y conocemos a alguien así? –se preguntó Fiudus. –Bueno, yo seguro que sí. No puede ser que yo no conozca a alguien.

–Su nombre es Jairo.

–Ah, Jairo... –dijo, con un cierto deje de decepción–. Haber empezado por ahí. Bueno y ¿qué quería ese maguete aficionaducho?

Irunne miró un poco más enfadada que antes al montaraz y prosiguió:

–Nos encontramos hace un día. Él iba de viaje al bosque de la magia y como yo no tenía nada que hacer y fue tan amable conmigo, decidí venir a avisaros. Os habría encontrado antes pero habéis dado un gran rodeo por el camino del cedro cuando lo más fácil hubiera sido...

–Está bien. ¿De qué quería avisarnos Jairo? –le cortó Fiudus de nuevo.

Ya muy enfadada, el hada continuó:

–Quería avisaros para que evitarais el bosque de la bruja Ganiria: la asesina de varones, la sangrienta ninfómana, la hechicera esclavizadora de hombres... La bruja con más bigote que el Rey de los Enanos.

La descripción podría sonar aterradora en unos labios avejentados o en la boca de un experto cuentacuentos pero no en la tierna voz de Irunne. Así que, entre sonrisas, Fiudus comentó:

–Aunque seguro que si tuviéramos que pasar por allí yo no tendría ningún problema, ¿por dónde no hemos de pasar?

–A ti te lo voy a decir. Si sé que sois tan antipáticos, no vengo. Con lo amable que fue vuestro amigo... Además, si eres tan listo seguro que lo sabrás.

–Realmente no, no lo sabrá –terció Caldam siempre diplomático–. Pero te

ruego que lo disculpes. Hoy ha tenido un mal día. De normal es mucho más simpático.

–Hey, es verdad, seguro. Yo siempre me llevo bien con todos. Soy tan buena gente que no me puedo llevar mal con nadie... –comenzó Fiudus.

Kasohn, que ya había dejado de reírse y empezaba a sentir un poco de pena por el guardabosque, le interrumpió temiendo una nueva metedura de pata.

–Sí, sí. Lleva más de dos millas mirando atrás siempre pensando que nos seguía alguien. Está muy alterado.

Fiudus parecía que iba a protestar de nuevo pero tras advertir las serias miradas de sus compañeros se arrepintió y dijo:

–Os aseguro que vi algo.

–¿Lo ves? –comentó Kasohn–, siempre en sus trece. Pero te hemos interrumpido. ¿Qué querías decirnos?

–Un poco más allá hay una encrucijada. Si no queréis visitar a la bruja Ganiria debéis escoger siempre el camino más recto.

–Muchas gracias –repuso el siempre cortés Caldam.

–De nada. Ah, casi lo olvido. Cuidado en la noche. No se os ocurra adentraros en el bosque. Son muchos los peligros. ¡Hasta pronto! Debo volver con Jairo y decirle que os he visto.

Mientras el hada se alejaba dejando un leve resplandor en el aire, los tres amigos se reunieron para deliberar.

–Pues no entiendo por qué se ha molestado tanto –comentó Fiudus.

–Mejor no te lo cuento –repuso Kasohn. –Tú agradécenos que haya decidido finalmente no ponerte orejas de burro, dejarte la nariz como una berenjena, o algo peor.

–¿Agradecer? Yo no me arrepiento de nada. Es ella la que estaba equivocada; todas las mujeres, hadas o no, lo están...

–Algún día alguien te enseñará buenos modales...

–Deberíamos buscar un sitio para acampar –propuso Caldam intentando

desviar la conversación: según el Alto Código debían evitarse las peleas entre amigos.

–Sí, se está haciendo de noche. Creo haber visto un buen sitio hace un rato –comentó Kasohn–; está cerca.

–Vamos pues –terminó el montaraz.

En silencio, retrocedieron unos centenares de pasos. Al poco llegaron a un recodo del camino donde una pequeña elevación del terreno cerca de un claro los resguardaría del frío viento nocturno.

CAPÍTULO V

–Yo creo que la maldita hada esa nos engañó. Llevamos caminando casi cuatro horas y juraría que hemos pasado hasta cinco veces por ese abeto – protestó el montaraz.

–Pero si la anterior vez le hiciste una muesca y ahora no la tiene, será que no es el mismo.

–Seguro, Caldam, que hay algún brujo cerca haciendo la puñeta. Ya está, la tal Ganiria esa.

–Creo que estás algo paranoico –protestó Kasohn–. Sigamos caminando. Recordad que debemos buscar señales de ogros.

Siguieron caminando durante todo el día haciendo una breve pausa para comer. Se acercaba ya el anochecer cuando en el camino distinguieron a un hombre que bloqueaba el camino con los brazos en jarras.

–Alto. No podéis pasar.

–¿Quién lo manda? –preguntó Caldam.

–Mi nombre no importa sino el de mi dama, la hermosa Altea.

–De acuerdo, pero es preciso que pasemos.

–Que no podéis, diantre. No debéis perturbar el descanso de mi dama que duerme un sueño encantado. Y os lo estoy diciendo por las buenas.

–Por los dioses que esto me está cansando –se reveló Kasohn–. Apartaos. No tenemos todo el día.

Diciendo esto, el bárbaro sacó su hacha y se abalanzó sobre el hombre. Sin dudar el desconocido suspiró, sacó su espada, una brillante hoja de plata, y paró el golpe con una expresión resignada pero de forma igualmente precisa. Seguidamente, con un giro de muñeca, arremetió contra el hombretón que, para evitar ser atravesado, dio un salto hacia atrás. Ambos se miraron a los ojos con frialdad.

Kasohn optó por una continua sucesión de golpes confiando en su gran

fortaleza para derrotar a su contrario. Sin embargo, éste fue esquivando o parando cada uno de ellos sin dar muestras de cansancio. Finalmente, en el último mandoble, el extraño le arrebató el arma de las manos en una increíble maniobra, que traía como añadido poner de revés el jubón del contrario. Dando unos pasos hacia atrás asombrado, Kasohn se dio por vencido. Sus compañeros no habían intervenido en el singular combate. Seguramente Caldam había impedido que Fiudus participara puesto que el Alto Código dictaba la igualdad en los enfrentamientos. El bárbaro los miró expectantes. Todavía debían pasar.

Caldam miró seriamente a Fiudus que retrocedió ante la seriedad que reflejaba su rostro. A continuación sacó su arma y saludando a su oponente con ella, se encaró contra él. El hombre que había derrotado a Kasohn le devolvió el saludo e inmediatamente después comenzó la lucha. Fue un combate limpio, elegante y en el que ambos dieron lo mejor de sí mismos, de nuevo el extraño guardián sin dar aparentes muestras de fatiga ni flaqueza. Pese a toda la maestría y experiencia del caballero, éste también fue vencido. Y su jubón vuelto del revés.

Reconociendo su derrota, el noble guerrero saludo al innominado rival y se volvió a su amigo. Fiudus sopesó la situación y, tratando de controlar el temblor en las rodillas, dijo:

–¿No sería mejor dar un rodeo? No es que no pueda vencerlo, ¿entiendes?, simplemente no creo que ningún ogro haya pasado por aquí.

–¿Por qué no preguntasteis primero? Os habría dicho que, efectivamente, por aquí no ha pasado ningún ogro –corroboró el hombre de la espada de plata–, aunque doy fe de que lo han intentado. Un grupo de ellos junto con una mujer.

–¿Lo veis?, no hacía falta –comentó Fiudus. El temblor se detuvo, por arte de magia–. ¿Sabes por dónde fueron?

–Huyeron en dirección norte.

–Pues gracias por la información. Hasta pronto.

–Un consejo más, y es gratis: haced caso de las advertencias.

–Os lo agradecemos –repuso Caldam.

Kasohn y Caldam recogieron sus armas y los tres juntos se dirigieron por donde les indicaba el extraño guerrero.

–Yo no necesito consejitos idiotas –murmuró Fiudus, a una distancia segura.

–Tú más que nadie –gritó a lo lejos el guerrero, que parecía haber oído sus palabras demasiado claramente.

CAPÍTULO VI

Tras varias horas de marcha en la oscuridad nocturna del bosque estaban a punto de claudicar. Aunque habían visto señales de ogros no estaban seguros si pertenecían a los que ellos buscaban. Además, todos recordaban las advertencias de Irune y, siguiendo los consejos del misterioso guardián, se temían lo peor.

De repente, Kasohn se paró en seco y haciendo un gesto a los otros les pidió silencio.

–Mirad –dijo en un susurro–, creo que es eso lo que buscamos.

En la lejanía apenas iluminado por Cruna, la única luna visible esa noche, se divisaba un templete construido con rocas oscuras y de aspecto siniestro.

–Debemos andar con cuidado –advirtió Caldam.

–Vamos.

Los tres se acercaron sigilosamente. Conforme se acercaban fueron descubriendo los detalles del lugar. El edificio era prácticamente circular. Elevado un par de pasos del suelo del bosque por una escalinata, el conjunto dominaba todo el claro donde se encontraba. Su entrada estaba adosada al núcleo central y consistía en dos docenas de columnas dispuestas en tres líneas paralelas. Detrás del bosque de columnas había una puerta flanqueada por dos estatuas protegidas en sendos nichos. Estas representaban unos horribles gigantes con cabeza de carnero y garras de dragón. Eran los demonios de las artes, pues todo arte está apadrinado por un espíritu y un demonio. Problemas de competencia, por lo que parece.

Rodeando el resto del edificio, extraños símbolos y criaturas estaban grabados en la pared con una profundidad de varias pulgadas lo que hacía sospechar del grosor de los muros. Demonios de alguna otra cosa, como el fuego, la tierra, la virtud –paradójicamente también tenía uno– o la tarta de queso con arándanos –la cual sólo tenía demonio–.

No parecía haber nadie en el exterior pero seguro que un aire maligno

emanaba del lugar. Era lo más apropiado.

Sus pasos los llevaron a las puertas de bronce cerradas que velaban los secretos del templo.

–¿Y ahora, qué? –preguntó Caldam.

Kasohn, sin esperar respuesta, abrió las puertas. Un pasillo iluminado por lámparas de aceite llevaba a una cámara de donde surgía un resplandor rojizo.

–Parece que no hay nadie. Sigamos –propuso Fiudus.

–No puedo entrar. Está maldito pero no tengo razones para entrar –objetó Caldam.

–Pero la flauta puede estar dentro.

–No estamos seguros y me lo impide el Alto Código.

–Ya salió el Código. Ya tardaba –protestó Fiudus–. Nosotros entramos. Supongo que si te necesitamos vendrás a ayudar.

El caballero lo miró seriamente pero no respondió. Fiudus se volvió para encararse a Kasohn pero el bárbaro ya había entrado. Maldiciendo entre dientes, el montaraz entró en el pasillo no sin antes sacar su espada y encomendarse a Cruna, diosa de la suerte –además de ejercer el control administrativo sobre la luna de turno–. Mientras, el noble guerrero les volvió la espalda en su creencia de que cometían un grave sacrilegio. Fue entonces cuando los vio. Agazapados tras unos arbustos podían verse las figuras corpulentas de tres ogros que esperaban pacientemente para atacarlos. Pensó en si debía él acometer la acción pero no se habían mostrado agresivos todavía. Podían estar simplemente asustados por su presencia o esperando a algún otro. No obstante liberó el seguro de su espada por si se equivocaba.

En ese instante aparecieron Kasohn y Fiudus casi corriendo.

–La hemos encontrado –dijo el montaraz– pero creo que hemos despertado algo que no debíamos. Tenemos que irnos.

–Fue cuando él intentó ligar con una de las estatuas del templo –corroboró Kasohn mostrando una flauta de madera dorada finamente tallada.

–Creo que antes tendremos que luchar –dijo señalando a los ogros, los cuales al sentirse observados habían salido de su escondite y se dirigían furiosos hacia ellos.

Caldam desenvainó el arma, saludó a los monstruosos seres y arremetió contra ellos. De nada sirvieron los avisos de sus amigos para que dejara la lucha e intentara huir. En el Alto Código no había lugar para la cobardía.

La lid era desigual a pesar de que el caballero había conseguido en los primeros compases derribar a uno de ellos. Afortunadamente, cuando las astutas criaturas pretendían rodearlo, se unieron al combate Fiudus y Kasohn salvándolo de un cerco mortal. Entre los tres derrotaron con facilidad a sus enemigos aunque el caballero recibió un zarpazo en el hombro que pese a la recia armadura quedó dolorido y el bárbaro sufrió un serio mordisco en la pantorrilla. Ninguno de los ogros había sobrevivido para pasar un interrogatorio decente.

Tras la lucha, se encontraban limpiando sus armas y vendando las heridas cuando un aullido sobrenatural surgió del templo. Los tres se miraron asustados. Pese al Código, salieron de allí corriendo justo antes de que una figura oscura surgiera del templo. De apariencia letal, su forma humana podía decirse que era una burla a la vida. Su rencorosa mirada se dirigió sin dudarle a la senda por donde los tres guerreros habían escapado. Cuando aquel engendro comenzaba su marcha para capturarlos, algo, una magia poderosa, lo distrajo.

–¿Conque has intentado ligar con eso? –preguntó Caldam.

CAPÍTULO VII

Los tres amigos estaban casi en Ilamea. Sólo restaba un centenar de pasos y saldrían a los campos de labranza en las afueras de la ciudad. De alguna forma habían conseguido despistar a la criatura pese a que durante largo rato estuvieron oyendo sus aullidos. Parecía que su espectral aliento rozara sus hombros.

A trompicones y pese a sus heridas atravesaron el bosque sin más percances que unos cuantos arañazos y algunos golpes debidos a caídas inevitables en la apresurada huida. En esos momentos su paso era tranquilo aunque uno tras otro dirigían sus miradas hacia atrás en espera de un ataque del monstruo.

Pero no ocurrió nada y los rayos del sol los bañaron en una cálida y acogedora tranquilidad. A lo lejos la ciudad parecía más bulliciosa de lo habitual.

–Apuesto a que ya saben que venimos –aventuró Fiudus–. Algún campesino nos habrá visto y seguro que saben que venimos con la flauta.

–No creo –dijo lacónico Kasohn. –Se estarían riendo a la vista de nuestra heroica actitud en el templo, no celebrándolo por todo lo alto.

–Pienso lo mismo. O bien es día de mercado o bien preparan una fiesta que no hubiera tenido lugar de no venir nosotros con la flauta.

–Puede ser, puede ser pero no me negaréis que existe una posibilidad de que ocurra como digo.

–Por supuesto –accedió Caldam, sabiendo de la cabezonería de su amigo.

–Por supuesto –bromeó Kasohn–; también hay vacas que vuelan.

Durante un rato estuvieron teorizando sobre la existencia de vacas con alas y, casi sin darse cuenta, llegaron a las afueras del pueblo.

–Pues no sé si será la fiesta de Midir –comentó Kasohn– pero aquí se celebra algo.

–Vamos hacia el templo. Quizá allí nos digan algo –propuso Caldam.

Sin embargo, acercarse al templo fue imposible. Una multitud se

congregaba en las escalinatas. Desde el borde de la plaza pudieron ver al sumo sacerdote de Midir dirigirse a la multitud, coger una flauta y tocarla frente a la fervorosa congregación. A su lado, un anciano con cara de fiel acólito sonreía hasta llevar la comisura de los labios a las orejas. Los tres compañeros se miraron atónitos. ¿Y la flauta que ellos llevaban? Era la verdadera, seguro. Kasohn se encogió de hombros y, olvidándose de los otros dos, se unió a la gente en la celebración. Los otros dos siguieron mirando desde un extremo como la gente disfrutaba de la excelente ejecución del anciano. Tras ella, la gente prorrumpió en vítores y dio comienzo a la fiesta.

La pareja, ajena a todo, no entendía que había pasado. Fiudus decidió, no obstante, unirse a la juerga aprovechando que una joven, a la que conocía de vista, pasaba por allí, mientras que Caldam prefirió ir primero a una de las posadas donde alojarse.

Ninguno de los dos oyó la voz de Selva que al lado de Ensueño, Jinash y Kasohn los invitaba a compartir unas jarras de cerveza y la diversión del momento. O quizá sí, pero no les importó.

EPÍLOGO

El enigmático caballero afilaba su espada de plata cuando un hombre delgado, apoyado en un bastón de viaje se acercó a él. Levantó la mirada y reconociéndole, lo saludó con un ademán mientras seguía con su labor.

–¡Hola! ¿Cómo va eso?

–Estuvieron tus amigos.

–Lo sé. Conseguí llegar, pese a todo, a los actos finales de las fiestas de Ilamea, y me han contado toda su aventura.

–¿Les has hablado de mí?

–No. ¿Altea?

–Sigue durmiendo aunque he conseguido despertarla un par de veces. Sin embargo, después se acuesta y sigue en su sueño.

–Tiempo al tiempo. Todo tiene su cura.

–Puede ser. No debió leer aquellos grimorios que escribí glosando las historias del hada Andrea. Demasiado aburridos para una mente tan aguda como la suya. En fin, ¿tú crees que han aprendido algo?

–Quizá aunque no todo lo que quisiera.

–Yo no estoy tan seguro. Tienes demasiada fe en las personas, Jairo.

–No lo niego.

–Tú sabías dónde estaba la flauta desde el principio, ¿verdad?

El aludido sonrió unos instantes y encogiéndose de hombros dijo:

–¿Es una pregunta retórica?

Directed by: Joaquín Gracia

Written by: Joaquín Gracia y Jesús M. Vidal

Produced by: Jesús M. Vidal

Special Thanks to: Navegantes de la Pluma.

Stunts: Ganiria (mystery woman), Criselda, bardos, ogros, dios@s¹, lunas, espíritus y demonios varios, sumo sacerdote. Por supuesto, también el fiel acólito.

Any resemblance between characters portrayed and people living or dead is purely coincidental and this story or any of its characters are not intended to harm or maim any public reputation or social behavior considered offended as a result thereof.

¹ Detalle no sexista del relato (N. del A.).